tiene tres cosas buenas: el papel, la impresión y los grabados. Hay que alabar la esplendidez de quien haya costeado la obra en cuestión y reprochar que la haya dado tan mal empleo. Nada tiene de extraño que se haya escrito tal fárrago de dislates, es bien conocida la audacia de los ignorantes: pero sí es de extrañar que haya quien patrocine ese mismo fárrago y malgaste su pecunia en editar esa obra, creyendo servir intereses de facción política y revelando, en realidad, una falta absoluta de cultura social.[1]

Aunque el Sr. Didapp dice en la página 519: «Lo que *sí está fuera de discusión es que todos los periodistas son comprables*;» y auque él fué, no hace mucho, redactor de *El Tiempo*, no cremos que se haya vendido, sino sencillamente que encontró quien costease la edición de su obra. No nos interesa averiguar el nombre de ese Mecenas; pero si se atiende á quienes salen favorecidos, debe darse ese carácter á los científicos ó al Gral. Reyes. A los primeros, porque nada podría levantarlos tanto como los insultantes ataques del Sr. Didapp; al segundo, porque el libro de referencia viene á impedir que su *Monografía* sobre el Ejército Mejicano siga siendo la obra más mala de Historia Patria!

1 Su libro valió al Sr. Didapp ser nombrado Delegado á la Convención tovarina.

VIII

Título falso

Antes de entrar al examen particular de los tres estudios de que se compone el libro del Sr. Bulnes, vamos á presentar algunas consideraciones sobre el megalománico título con que lo bautizara.

Desde luego se nota que el título dado por el Sr. D. Francisco Bulnes á su último libro es impropio, inadecuado, falso, digámoslo con entera franqueza. «LAS GRANDES MENTIRAS DE NUESTRA HISTORIA» es un título impresionista, destinado á facilitar la venta del libro por medio del *humbug*: procedimiento indigno de la alteza del asunto y de la indiscutible valía del autor. Y este defecto se acrecienta por la circunstancia de estar dedicado, en parte, el mencionado libro, á combatir el charlatanismo megalománico á cuyo influjo se han levantado tantas reputaciones usurpadas, que lenta, pero definitivamente, va derribando nuestra incipiente crítica histórica. En el caso actual, lo repetimos, la merecida fama del Sr. Bulnes hace completamente inútil ese procedimiento de librero, no de autor, y no tiene, por tanto, en su abono la triste disculpa del *necesitas caret lege*.

El mal ejemplo es tan contagioso como la peste bubónica. Acaso S. S., sin darse cuenta de ello, ha sido sugestionado por el pernicioso ejemplo de un escritor español de gran valía literaria y filosófica, cuyos inmensos servicios á la Moral y á la Historia soy el primero en reconocer y en admirar, del insigne autor de GLORIA y de EPISODIOS NACIONALES, del ilustre Pérez Galdós á quien hemos visto, con profunda tristeza, descender al bajo procedimiento del *humbug* comercial. En efecto, así lo atestigua el haber dado á dos de sus obras los llamativos títulos de LA DE SAN QUINTÍN y TORQUEMADA EN LA CRUZ, que evocan errónea, pero inevitablemente, ya un gran conflicto llegado al terreno de los hechos materiales, ya la personalidad odiosamente célebre del cruel Inquisidor español. No es el empeño de señalar defectos, el móvil á que obedece nuestra censura, sino el de precaver en los hombres de letras, siquiera en los historiadores, el fácil contagio del triste mercantilismo de la época.

Hemos calificado de falso el título dado por S. S., á su último libro, y vamos á probar la verdad de nuestra afirmación:

La Historia no dice mentiras. Para que haya mentira es preciso que se falte á la verdad á sabiendas y con la intención dolosa de engañar. No hay, por tanto, mentiras históricas. Lo que hay, es cierto, son mentiras de los gobernantes, de los generales, de los diplomáticos, de los políticos y de los aduladores que pretenden falsear la Historia, y que, aceptadas algunas veces con vulgar credulidad y repetidas otras ocasiones con refinada mala fe, suelen usurpar un puesto indebido en las relaciones históricas hasta que el analisis y la crítica, depuradoras de la verdad, las arrojan ignominiosamente de la Historia. Igual cosa sucede con la Geografía. Ella admite en un principio las relaciones mentirosas de algunos viajeros dados á la exageración y á la fantasía, pero á medida que hombres de ciencia

y de conciencia exploran las regiones, dadas á conocer de manera engañosa, la verdad impera en la Geografía, como impera en la Historia; porque ambas son ciencias, y la ciencia será siempre un conjunto de verdades comprobadas y reconocidas. El Sr. Bulnes pregona que hay mentiras de la Historia y si hubiera tratado de rectificar errores geográficos, no se habría atrevido á titular su libro: LAS GRANDES MENTIRAS DE LA GEOGRAFÍA. Y, sin embargo, el caso es idéntico.

Para demostrar que no es simplemente impropio, sino falso, el título que examinamos, substituiremos la palabra «falsedades» á la palabra «mentiras,» quitando de esta manera la impropiedad que pudiera excusarle. Evidentemente, nuestra Historia—así como la de todas las naciones—ha acogido grandes falsedades, y, en tesis general, es inconcuso que un libro destinado á patentizarlas podrá ser titulado LAS GRANDES FALSEDADES DE NUESTRA HISTORIA. Pero ¿llena estas condiciones el libro del Sr. Bulnes? Seguramente, que nó! Para que á una falsedad se le pueda llamar histórica es preciso que haya sido admitida, sin contradicción, por todos los historiadores. De lo contrario será falsedad de tal ó cual historiador—de Alamán, de Bustamante, de Pérez Verdía, de Sierra, de Vigil ó de Zamacois,—pero no será nunca falsedad acogida por la Historia.

Para que en Historia una falsedad ó mentira pueda ser llamada *grande* es necesario que ella se refiera á la esencia misma de los sucesos. ¿Llenan esta condición las falsedades señaladas por S. S.? Evidentemente que nó!

La Expedición de Barradas, la Campaña de Tejas y la primera guerra con Francia son los tres períodos de nuestra Historia analizados, hasta hoy, por S. S.

En esencia, la expedición de Barradas consistió en la invación de nuestro suelo, con propósitos de reconquista, por una fuerza armada, perteneciente al ejército español, al mando del mencionado jefe. Esa expedición, después de

apoderarse de Tampico sin encontrar resistencia formal, fracasó por completo; y los jefes, oficiales y soldados que la componían, para lograr volver á su país, tuvieron que capitular, dejando en nuestro poder, como legítimos trofeos de victoria, sus armas y sus banderas.

En esencia, la cuestión de Tejas consistió en una rebelión instigada, auxiliada y utilizada por los Estados Unidos de Norte-América para apropiarse una porción de nuestro territorio nacional; y la guerra á que dió lugar consistió, á su vez, en una campaña desastrosa que terminó con la derrota y captura de Santa-Anna, y la evacuación total del territorio sublevado.

En esencia, la primera guerra con Francia consistió en un abuso de fuerza por parte de una nación poderosa, que, tras fáciles triunfos, logró el reconocimiento de injustas reclamaciones.

Estos son los hechos substanciales, ciertos, reconocidos por todos nuestros historiadores que han tenido que referirlos, inclusive el mismo Sr. Bulnes, cuya única discrepancia,—discrepancia en la cual el error está de su parte—consiste en no creer injustas las reclamaciones francesas. En consecuencia, los errores que S. S. combate son, como ya dijimos, de modo, de detalle, no de esencia; y no merecen el dictado de *grandes* con que los bautiza el Sr. Bulnes en el título de su obra.

Muy fácilmente pudo el Sr. Bulnes haber evitado la falsedad inicial de su obra sin que por eso perdiera su carácter llamativo el título de su libro. Habríale bastado para ello con substituir á la palabra Historia, la palabra historiadores; ya que, desgraciadamente, han usurpado tan honroso título algunos impostores audaces. Y, si el Sr. Bulnes hubiera substituído también la palabra mentiras por la de falsedades ó errores, habría podido comprender en el título de su obra á casi todos nuestros historiadores, quienes por desidia imperdonable ó por ocupaciones preferentes, al

repetir sin crítica ni examen agenas imposturas, han servido de circuladores á los monederos falsos de la Historia.

El Sr. Pereyra, en el concienzudo estudio ya mencionado por nosotros, ha dicho que el título dado por el Sr. Bulnes á su libro debe ser considerado, más que como falso, como intencionado. Este parecer, ampliamente fundado por el Sr. Pereyra y no rebatido por el Sr. Bulnes autoriza á creer que éste último, no queriendo censurar abiertamente la enseñanza oficial, tomó intencionadamente por nuestra Historia, los textos adoptados por el Departamento de Instrucción Pública.

El Sr. Bulnes toma como Historia Nacional definitiva—que aún está por escribirse—la enseñada en las Escuelas Oficiales; y, olvidando que los COMPENDIOS DE HISTORIA no son libros de crítica y análisis destinados á la investigación de la verdad sino simples concentradores de hechos principales ya referidos y de apreciaciones, por lo general, ya formuladas; el Sr. Bulnes, repetimos, olvidando el carácter de los compendios de Historia, los eleva á la categoría de Historia definitiva, y da, á los errores reproducidos por un compendista, el carácter de falsedades de nuestra Historia.

«Yo juzgo—dice con acierto el Sr. Bulnes—del adelanto moral é intelectual por el de nuestra historia, *especialmente de la dedicada á beneficiar el espíritu de la niñez* ¿se enseñan leyendas, fábulas y apologías de secta? Me desalienta y preocupa esta historia; forma y fondo del siglo XIII. ¿Se comienza á enseñar la verdad? Convengo entonces en que cierta y afortunadamente vamos entrando en un digno y sereno período de civilización?

Dejando á un lado el logogrifo contenido en las dos interrogaciones del párrafo copiado: "Se enseñan fábulas? ó ¿se comienza á enseñar la verdad?» logogrifo, cuya solución deja el Sr. Bulnes á sus lectores, cuando él era quien debía darla, ya que escribe un libro de crítica destinado á destruír mentiras de nuestra Historia, vinculada, según su pa

recer, en los Compendios que sirven de texto en las Escuelas Oficiales; dejando á un lado la comprobación de que mal puede entrarse en un digno período de civilización cuando es el favoritismo y no el mérito el que determina la elección de los textos mencionados, atenderemos únicamente á que el mal que trata de corregir S. S. se halla en la Enseñanza Oficial de nuestra Historia. Y en tal concepto, ya que S. S. es á la vez profesor y diputado, debió patentizar ante la Junta de Profesores, ante el recientemente instituído Consejo de Instrucción Pública ó ante el Ministerio del ramo, los errores contenidos en los textos oficiales; si su voz era desoída y sus razones despreciadas, interpelar en la Cámara al Ministro de Justicia para que explicase tan indebido proceder; y si después de haber llenado esos deberes impuestos por el honor del profesorado á que pertenece y por el decoro del gobierno á quien sirve, persistía el empeño de enseñar *á sabiendas* errores como verdades, entonces podría el Sr. Bulnes haber titulado su libro, con justicia y verdad: LAS GRANDES MENTIRAS DE LA ENSEÑANZA OFICIAL DE NUESTRA HISTORIA!

LA EXPEDICION DEL GENERAL BARRADAS.